

Transnistria: orígenes, evolución, consecuencias y escenarios futuros de un Estado *de facto*

José Ángel López Jiménez¹

Recibido: 25-10-2022 // Aceptado: 27-03-2023

Resumen. El presente artículo analiza un modelo de conflicto en el antiguo espacio soviético cuyo origen se sitúa en el periodo final de la Unión Soviética. La prolongación durante el proceso de construcción estatal de la República independiente de Moldavia —con un conflicto bélico durante el año 1992—, así como la ausencia de una solución definitiva desde el punto de vista político-diplomático y el múltiple apoyo otorgado por Rusia al enclave secesionista, acabó con su conversión en un Estado *de facto*. No constituye un fenómeno aislado en esta amplia zona geopolítica, a la que Rusia ha convertido en su esfera de interés esencial. Sin embargo, presenta ciertas particularidades que alcanzan a la construcción, consolidación o destrucción de identidades étnico-nacionales —incluida la mayoritaria en el nuevo Estado—, sin olvidar el carácter del propio conflicto. Las consecuencias derivadas de la agresión continuada de Rusia a Ucrania desde 2014 puede derivar en escenarios imprevisibles en torno a Transnistria: desde la ampliación de los objetivos territoriales del Kremlin hasta el desbloqueo final del conflicto hacia cualquier escenario posible, en un contexto regional de extrema inseguridad.

Palabras clave: rumanismo; moldovanismo; Moldavia; Transnistria; constructivismo; neorealismo.

[en] Transnistria: origins, evolution, consequences and future scenarios of a *de facto* state

Abstract. This article analyzes a model of conflict in the former Soviet space whose origin is located in the final period of the Soviet Union. The prolongation of the independent Republic of Moldova during the state building process —with a war conflict in 1992— as well as the absence of a definitive resolution from the political-diplomatic point of view and the multiple support given by Russia to the enclave secessionist ended with its conversion into a *de facto* State. It is not an isolated phenomenon in this vast geopolitical area, which Russia has made its essential sphere of interest. However, it presents certain particularities that reach the construction, consolidation or destruction of ethnic national identities —including the majority in the new State— without forgetting the nature of the conflict itself. The consequences derived from Russia's continued aggression against Ukraine since 2014 can lead to unpredictable scenarios around Transnistria: from the expansion of the Kremlin's territorial objectives to the final unblocking of the conflict towards any possible scenario, in a regional context of extreme insecurity.

Keywords: romanianism; moldovanism; Moldova; Transnistria; constructivism; neorealism.

Sumario. 1. Introducción: Unión Soviética, Moldavia y nacionalismo. 2. Orígenes del conflicto, caracterización y consolidación de la identidad cívica moldava. 3. Intentos de resolución político-diplomática del conflicto. 4. El intervencionismo ruso y sus principales instrumentos. La interpretación “creativa” del derecho internacional 5. La agresión rusa a Ucrania y sus implicaciones para Transnistria y Moldavia: ¿*Novoróssiya* en marcha? 6. Conclusiones. 7. Bibliografía.

Como citar: López Jiménez, J. A. (2023). Transnistria: orígenes, evolución, consecuencias y escenarios futuros de un Estado *de facto*. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84412. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.84412>

1. Introducción: Unión Soviética, Moldavia y nacionalismo

La agresión rusa a Ucrania evidencia la importancia que la cuestión identitaria ha tenido en los procesos de construcción estatal tras la disolución del experimento soviético, y su utilización como herramienta geopolítica de la política exterior rusa en su “extranjero próximo”. El objetivo planteado en el presente artículo se centra en analizar las causas que contribuyeron a la creación de un Estado *de facto* en Transnistria que —a lo largo de tres décadas— se ha consolidado con el soporte de Rusia, así como plantear qué elementos novedosos aporta el conflicto bélico ruso-ucraniano. Todo ello, a pesar de los numerosos intentos de resolución definitiva

¹ Universidad Pontificia Comillas (España).
ORCID: 0000-0002-5787-552
E-mail: jalopez@comillas.edu

del estatus territorial del enclave, que han fracasado. Si los instrumentos desplegados desde el Kremlin para “congelar” el conflicto son objeto de análisis y comparación —con otros modelos intervencionistas en el espacio postsoviético—, la cuestión principal que nos planteamos reside en conocer qué escenarios se pueden dar a partir de la agresión rusa a Ucrania. La hipótesis principal que presentamos es que, lejos de facilitar la resolución del conflicto de Transnistria, la acción militar en curso va a congelar indefinidamente la solución política-diplomática del enclave, consolidando el actual Estado *de facto* e imposibilitando su reintegración en la soberanía territorial de Moldavia.

La metodología cualitativa adoptada en el artículo se desarrolla en un periodo cronológico delimitado: las tres décadas de estatalidad independiente de Moldavia. No obstante, las referencias al marco histórico previo a la disolución de la Unión Soviética resultan imprescindibles para entender la gestación del conflicto secesionista. El análisis comparativo también aporta claves relevantes sobre el *modus operandi* del modelo intervencionista de Rusia en su esfera de influencia durante el mismo periodo. Además, la aplicación del paradigma constructivista en el ámbito de la Ciencia Política y del neorrealismo (ofensivo/defensivo) en el marco de las relaciones internacionales nos permite abordar cuestiones esenciales para explicar el modelo diferencial moldavo, respecto a la construcción de identidades étnico-nacionales, y su despliegue en las respectivas políticas exteriores de Moldavia y, especialmente, de Rusia con respecto a las antiguas repúblicas soviéticas.

El papel jugado por el nacionalismo en la consolidación de un Estado federal de configuración multiétnica como la Unión Soviética (URSS) ha sido analizado desde muy diversas perspectivas de carácter interdisciplinar. Desde la institucionalización dentro del sistema soviético de las relaciones entre las minorías nacionales republicanas y la mayoría étnico-nacional, hasta la articulación administrativo territorial y el encaje de las primeras en los diferentes niveles jerarquizados (repúblicas federadas, repúblicas autónomas, óblasts, óblasts autónomos; y en el caso de Rusia, también con kraís y distritos autónomos), las políticas del Kremlin intentaban la contención del potencial reivindicativo nacionalista (Gorenburg, 2001: 75). La cuestión nacional ocupó los debates teóricos en el seno del marxismo-leninismo desde la obra del propio Karl Marx, aunque no estableció una definición de nación, ni tampoco desarrolló un análisis sistemático del tema (Traverso y Lowy, 1990: 134). Lejos de resolverse las cuestiones identitarias en el marco del régimen soviético, que vinculaba las disputas a una diferencia de clases sociales y su dilución en el sistema (Kemp, 1999), los esfuerzos realizados por Gorbachov a través de su programa reformista (*perestroika*) y su política de transparencia (*glásnost*) acentuaron la crisis de los nacionalismos periféricos. Las apelaciones al internacionalismo y al patriotismo, intensificados con instrumentos como la propaganda, la educación, la acción de los partidos comunistas republicanos, o el servicio militar no consiguieron desmovilizar a las nuevas élites nacionalistas republicanas (Burg, 1989: 341).

No obstante, la atribución al factor nacional como una de las causas más decisivas de la crisis final de la URSS no es unánime. A un nivel compartido con otros potentes elementos disgregadores —crisis económica generalizada, fracaso ideológico, descomposición institucional, la corrupción del sistema *nomenklaturista*, y la derrota en la carrera armamentística con Estados Unidos— (Kotkin: 2001), algunos autores abogan por considerar la aparición de los nacionalismos más bien como una consecuencia de la generalización de la crisis que de una causa de la misma (Beissinger, 2009: 331). Otra corriente de análisis incide en la forma en la que procesos como los de la industrialización y urbanización consiguieron aplazar temporalmente la eclosión nacional, pero, en ningún caso, evitarla en un contexto de crisis generalizada (Roeder, 1991: 196).

Desde la aparición de los nacionalismos republicanos, bajo la forma de los Frentes Populares Bálticos —cuyo modelo fue seguido por el resto—, la confrontación entre los nacionalismos cívicos y los de corte eminentemente étnico se fueron reproduciendo por el conjunto del espacio soviético (Roshwald, 2015: 1-4), escenario que se mantuvo durante los diversos procesos de construcción estatal. Ello ocurrió hasta el momento presente en el que la contestación frente a nacionalismos estatales de corte iliberal y escasamente cívicos, protagonizados por diferentes minorías étnicas, se articula mediante nacionalismos periféricos en el seno de la propia Federación Rusa (Yusupova, 2018: 625). La conexión entre el protagonismo del nacionalismo cívico y los regímenes políticos democráticos y, por el contrario, de los nacionalismos étnicos y contextos autoritarios ofrece una vía de interpretación entre la concordia buscada por el primero frente al carácter de mayor violencia interestatal de los segundos.

Este tipo de enfrentamientos explican, en buena medida, los conflictos separatistas en el período final de la URSS y más allá, llegando en algunos casos hasta el presente. El poder disgregador del etnofederalismo (Hale, 2004), la movilización de diversas élites nacionales (Suny *et al.*, 1992: 24), la cascada de secesionismos de *matrionshka* (Bremmer, 1993: 5), la crisis de los Estados-nación y las guerras separatistas acabaron por configurar un escenario que todavía nos acompaña en el espacio postsoviético (Smith, 2013: 351).

El complejo proceso de conversión de la identidad étnica —como pertenencia a una comunidad lingüística, histórica, cultural— en una construcción nacional, al margen de la pertenencia a un nuevo Estado independiente, se encuentra en el trasfondo de alguno de los conflictos postsoviéticos, cuyos intentos de resolución han sido reactivos y sumamente ineficientes (Lynch, 2002: 832). La renuncia a la nacionalidad, como vínculo jurídico con el Estado y su nación titular, se convirtió en un fenómeno en todas las repúblicas federadas étnicamente poco homogéneas, con independencia de su extensión territorial, y que la propia Rusia no consiguió eludir (Hughes, 2001: 12).

La construcción de identidades nacionales llevada a cabo de forma institucional durante el período soviético propició que, en un momento de crisis sistémica, fuese movilizado este elemento como instrumento de las élites políticas. La contienda teórica ha enfrentado a los partidarios de la existencia previa de comunidades étnicas, frente a los partidarios del instrumentalismo y constructivismo (Bacova, 1998: 29), como marco de análisis del escenario desarrollado durante el período pre y postsoviético. Precisamente los dos últimos paradigmas son los que se aplicarán durante el presente trabajo para interpretar la consolidación de una identidad moldava —diferenciada de la rumana con la que se entronca—, creada por el sistema soviético y justificación última de la Moldavia independiente.

Sin embargo, los movimientos secesionistas iniciados en Moldavia en el año 1990 —Gagauzia y Transnistria— adoptaron unos perfiles político-ideológicos que trascendieron la reivindicación puramente étnico-nacional. Los temores expresados en ese momento al eventual proceso de reunificación con Rumanía articularon una respuesta potencialmente defensiva por parte de las minorías radicadas en los distritos del sur de la república y en la franja territorial más allá del río Nistru-Dniéster. Para analizar la génesis, evolución y consecuencias hasta el momento presente de este último conflicto desarrollado durante más de tres décadas, el paradigma neorrealista (en sus vertientes defensiva y ofensiva) constituye, a mi juicio, un instrumento muy relevante para interpretar el comportamiento de los diferentes actores protagonistas en el mismo (Moldavia, Rusia, Transnistria y, en menor medida, Ucrania y Rumanía). Además, considero que el solapamiento de una metodología propia de la Ciencia Política respecto al análisis del nacionalismo y de los procesos de creación de las identidades etnonacionales, con otra específica de las relaciones internacionales en torno a la política exterior e interna de los Estados, puede aportar resultados muy interesantes sobre la consolidación o el fracaso de las identidades étnico-nacionales presentes en el caso moldavo. En último término, la política exterior del Kremlin ofrece una evolución desde los anuncios iniciales de incorporación de Rusia a las instituciones internacionales hasta la aplicación de unos elementos neorrealistas ofensivos presentados como argumento defensivo —como la ampliación sucesiva de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)—, lo que nos permite aventurar como clave la hipótesis de este factor (los intereses geopolíticos de Moscú en su extranjero próximo), sin el cual sería muy difícil explicar los conflictos en esta amplia región y, en particular en Moldavia. Teorizar inductiva e interpretativamente, planteando hipótesis de investigación, es más común en el constructivismo que las posiciones deductivas y explicativas (Salomón, 2001: 31).

La movilización étnica durante la fase final de la URSS adquirió en Moldavia una intensidad que se reflejó en la constitución del último Soviet Supremo en 1990. La población moldavo-rumana (63,9 % vs. 69,2%) y la minoría rusa (12,8% vs. 15,5 %) alcanzaron una representación parlamentaria superior a su porcentaje poblacional; el nacionalismo étnico parecía imponerse al nacionalismo cívico (Crowther, 1997: 294). Sin embargo, como veremos más adelante, la autoidentificación mayoritaria apelaba a la comunión y el retorno a “lo rumano”. En paralelo asistimos a un proceso de movilización político-ideológica de otros grupos étnicos que, con el argumento de su defensa identitaria frente a un eventual irredentismo que se concretase en una futura reunificación con Rumanía —tras la declaración de soberanía republicana—, desembocó en procesos separatistas y de construcción nacional.

La construcción discursiva de la identidad se articuló sobre el papel de discriminación o subordinación frente a otra cultura o lengua mayoritaria —como el ruso o el moldavo-rumano, según la identidad étnica— y constituyó un elemento movilizador muy potente en Moldavia (Wodak *et al.*, 2009). Mientras los grupos étnico-nacionales mayoritarios se convertían en Estados independientes, los minoritarios —como los rusos en Moldavia— iniciaron sus demandas frente a los nuevos poderes republicanos, originando diversos tipos de secesionismos (Osetia del sur, Abjasia, Nagorno-Karabaj, Transnistria) (O’Loughlin *et al.*, 2014). En el caso de Ucrania (Crimea, Donbás), aunque no detonaron de forma abrupta, ya presentaban algunos elementos potenciales que se evidenciaron durante el proceso de construcción estatal independiente.

La creación de una Moldavia en la URSS fragmentada de su tronco común rumano (Besarabia), que era la mitad oriental del Principado de Moldavia —y que con Transilvania y Valaquia constituyeron la Gran Rumanía después de la Primera Guerra Mundial—, forzó una diferenciación artificial de su sustrato cultural, de su evolución histórica y de su lengua común, como han demostrado (Dyer y Comrie, 1996). El instrumento esencial fue la conversión del alfabeto latino al cirílico, con la supresión de letras y signos específicos del rumano, aunque para algunos autores el papel de la distinción entre las dos lenguas ha sido altamente sobrestimado, constituyendo un rasgo diferencial en la realidad moldava (Dusacova, 2013: 104). La construcción étnica moldava se completó con una historiografía conectada con Rusia y la URSS (Van Meurs, 1994), con un proceso intensivo de rusificación (Bruchis, 1984) y con la ruptura definitiva con Rumanía (Dima, 1991) desde varias perspectivas: política, cultural, estatal y territorialmente.

2. Orígenes del conflicto, caracterización y consolidación de la identidad cívica moldava

La transición que se inició en la Moldavia soviética intentaba fraguarse desde la nación hacia el Estado adoptando una base esencialmente étnica (Fowkes, 1997: 4). La creación de identidades étnico-nacionales inexis-

tentes con anterioridad al período soviético encuentra en el caso moldavo un producto genuino de lo que muchos autores han denominado como ingeniería étnica (Tishkov, 1997: 41). Hay que recordar que la incorporación forzosa de la Besarabia rumana a la URSS —como consecuencia del Pacto Molotov-Ribbentrop suscrito entre la Alemania nazi y la Unión Soviética de Stalin— exigió una ruptura de los lazos identitarios con el Estado matriz (Solchanyk, 2019: 194), y desarrolló una compleja batalla en torno a la recuperación de una identidad nacional que había sido falseada y sustituida por otra construida de forma artificial (King, 1994: 345). Pero, al mismo tiempo, se iniciaba una reivindicación defensiva frente a una potencial reunificación con Rumanía por parte de las minorías eslavas residentes en Transnistria y la minoría gagauza en el sur republicano (Sato, 2009: 146).

Aunque comparten unos orígenes muy similares, ambos procesos secesionistas acabaron por tener una evolución diferenciada, de tal forma que Gagauzia encontró un encaje constitucional en el nuevo Estado independiente, mientras que Transnistria se convirtió en un Estado *de facto* progresivamente, desde el conflicto militar desarrollado en 1992 (Patlis, 2018: 89). La adquisición de un estatus territorial diferenciado y unas competencias autonómicas que garantizaban sus reivindicaciones lingüísticas consiguió canalizar el proceso de Gagauzia en los cauces participativos del nuevo Estado desde 1995 (Protsyk, 2012: 249); sin embargo, Transnistria se convirtió en un enclave mayoritariamente eslavo y sostenido desde el Kremlin, abandonando cualquier tipo de expectativa de acomodo en la Moldavia independiente (Roper, 2001: 121).

El 20 de mayo de 1989 se celebró el congreso fundacional del Frente Popular de Moldavia (FPM), cuyas reivindicaciones programáticas giraban alrededor de la recuperación identitaria genuinamente rumana de la república —artificialmente construida como consecuencia del Pacto germano-soviético de 1939—. La memoria histórica rumana, la identificación del moldavo con el rumano, creado a través de su conversión del alfabeto latino al cirílico mediante una aberración filológica (Deletant, 1990: 189) y, en definitiva, la construcción de una identidad artificial —la moldava— para forzar la incorporación de Besarabia como la República Socialista Soviética de Moldavia formaban parte del programa de denuncia del “constructo soviético” con el que irrumpió en las elecciones de 1989 al Soviet Supremo de la URSS y se consolidó en las estructuras de poder republicanas en 1990 (Büscher, 1998: 69). La agenda rumanista del FPM fue contestada desde Transnistria y Gagauzia: Unitatea-Edinstvo en Transnistria y Gagauz Khalky en cinco distritos del sur de Moldavia se movilizaron políticamente frente a lo que consideraban como una agresión a sus derechos étnico-nacionales. La primera organización era la versión republicana de Interfront en el conjunto de la URSS; un movimiento reaccionario ultraconservador de ideología comunista prosoviética. De hecho, ambos movimientos se mostraron favorables al golpe de Estado del mes de agosto de 1991, lo que evidenciaba que por encima de cualquier reivindicación puramente identitaria predominaba un componente político-ideológico muy claro, de carácter conservador y proclive al mantenimiento del *statu quo* soviético (Kolsto y Malgin, 1998: 106).

El nacionalismo ruso postsoviético apoyado en el eurasianismo plantea una reconstrucción parcial de la URSS (Laruelle, 2004: 130). Sin embargo, radicalizó el discurso político de la minoría rusa residente en las repúblicas periféricas —más de 25 millones de habitantes— obstaculizando los procesos de construcción de las estatalidades independientes, y siendo una herramienta de neocolonialismo en la política exterior de Rusia en la configuración de su nuevo “extranjero próximo” (Kolsto, 2018: 42). Su movilización como “salvadores del imperio” sería instrumentalizada durante el período postsoviético sosteniendo una cadena de secesionismos en los nuevos Estados que ha permitido al Kremlin la práctica de una activa injerencia en sus políticas internas y exteriores (Kolsto, 2011: 153). La declaración de soberanía de la autoproclamada República Socialista Soviética del Dniéster —el 2 de septiembre de 1990— mostraba con claridad el carácter político-ideológico del secesionismo en pleno período soviético, cuando todavía no se había disuelto la URSS, y no identitario (Kolossoff y O’Loughlin, 1998: 162), con el apoyo del XIV Ejército ruso allí estacionado.

El inicio del conflicto militar en Transnistria durante el mes de marzo de 1992 significó la injerencia definitiva de Rusia en la evolución política, económica y militar en el enclave separatista, así como su conversión en un conflicto congelado (King, 1995: 120). Desde el neorrealismo defensivo encaja la posición de las autoridades de Transnistria: la defensa de un secesionismo frente a un Estado que, según su posición ideológica, construía una estatalidad independiente provisional para reunificarse con Rumanía, dejando a las minorías eslavas en una situación muy compleja (Troebst, 2003: 463). Los gagauzes, como minoría túrquica de religión cristiano-ortodoxa, transformaron sus demandas lingüísticas en el reconocimiento de una autonomía político-territorial, ya que estaban muy influidos por el grupo *Edinstvo* y, aunque muy rusificados, no ofrecían especial interés para Moscú. No obstante, la movilización étnica de las diferentes minorías y del propio moldovanismo no rumano, es decir, aquel que defendieron las élites políticas que protagonizaron los primeros años de construcción estatal tras el conflicto de Transnistria, conformó un conjunto de nacionalismos reactivos en Moldavia (Chinn y Roper, 1995: 323). La finalización del conflicto militar, con el Acuerdo de Estambul el 21 de julio de 1992, confirmó la victoria de las autoridades secesionistas con el congelamiento definitivo de la fragmentación territorial, la creación de instituciones al margen de Moldavia y la conversión de Transnistria en un enclave geopolítico y geoestratégico de interés preferente ruso. Además, contribuyó al descalabro y casi desaparición del nacionalismo prorrumano del FPM, eliminando de la agenda política cualquier posibilidad de reunificación con Rumanía (López Jiménez, 2020: 372). El moldovanismo, como ideología alternativa al rumanismo, pro-

pugnó entre las élites de los principales partidos políticos la consolidación de un Estado independiente sustentado en una identidad genuinamente moldava. De tal forma que, tras utilizar al rumanismo como instrumento rupturista en el periodo final de la URSS, buena parte de la antigua *nomenklatura* —como el presidente Snegur— abogaron por defender un nacionalismo cívico alrededor de un idioma y cultura moldava, diferenciada artificialmente de su matriz rumana (Crowther, 1998: 163). La identidad entre la lengua moldava y rumana, recuperado el alfabeto latino con la aprobación de las leyes lingüísticas de 1989, tuvo un breve recorrido, tanto como la recuperación de otros símbolos del rumanismo como la bandera, el himno nacional (*Desteapta-te, române*), o las fiestas nacionales, esencialmente hasta que el conflicto militar en Transnistria forzó la decisión entre las posiciones irredentistas del FPM y los secesionismos periféricos, abriéndose la posición intermedia de la consolidación estatal sobre la base del moldovanismo para recuperar su integridad territorial (Kolsto *et al.*, 1993: 973).

La confrontación entre el rumanismo y los secesionismos “defensivos” identitarios minoritarios en la Moldavia en transición acabaron por consolidar paulatinamente una creación artificial soviética como el moldovanismo (Baar y Jakubek, 2017: 88). Propuestas como la del FPM de crear la República Rumana de Moldavia no ayudaron a la concordia interétnica (López Jiménez, 2020: 372). En paralelo, Rusia comenzaba a articular un proceso neocolonial apoyando a diferentes secesionismos (Kuzio, 2002: 262).

Las peticiones de reconocimiento de la identidad gagauze, mediante la protección de su lengua, y sus demandas de autonomía político-territorial fueron instrumentalizadas ideológicamente (López Jiménez, 2019: 408), de tal forma que una reivindicación etnonacionalista acabó transformándose en un secesionismo “defensivo” frente a una eventual reunificación de Moldavia con Rumanía (Chinn y Roper, 1998). Un movimiento mucho más disruptivo que el protagonizado por Gagauz Khalky en Gagauzia, pero también menos reivindicativo desde el plano estrictamente identitario, es el movimiento Edinstvo-Interfront en Transnistria. La auto-proclamación de la República Socialista Soviética del Dniéster fue la constatación de la orientación ideológica del movimiento político que la sustentaba. La procedencia de sus miembros (directores de koljoses y sovjoses y miembros del ala más radical del PCM y del PCUS) mostraba que su objetivo era el mantenimiento del *statu quo* soviético y la situación privilegiada que ocupaban en el sistema (Troebst, 2003: 27).

Los dos proyectos constructivistas étnico-nacionales reactivos (Gagauzia y Transnistria) confrontaban con el nacionalismo prorrumano y con la construcción de una Moldavia independiente desde finales de 1991. La minoría rusa en Transnistria era la *nomenklatura* soviética apoyada por el XIV Ejército ruso, y acabó por desencadenar un conflicto bélico con las autoridades centrales de la república (Kolsto *et al.*, 1993: 984). La evolución posterior del mismo desde el Acuerdo de Estambul (julio de 1992) ratificó su conexión ideológica e instrumental con el Kremlin y la ausencia de reivindicaciones étnico culturales más allá de la imposición del ruso como lengua en el territorio secesionista. Se constató, además, una peculiar evolución: primero, favorable al mantenimiento de la URSS; después, contrario a una eventual reunificación con Rumania, y, por último, en oposición a una Moldavia independiente (Blakisrud y Kolsto, 2011).

La política exterior de la Federación Rusa estuvo dirigida al apoyo del secesionismo de Transnistria desde sus orígenes en 1990, pero con particular intensidad desde la declaración de independencia de Moldavia (Laitin, 1998). Desde Rumanía, que fue el primer Estado en otorgar el reconocimiento internacional al nuevo Estado, se desplegaron todo un conjunto de acciones tendentes a facilitar las relaciones bilaterales y la recuperación de la conexión identitaria, pero sin realizar presiones reunificadoras. El apoyo se circunscribió a la realización de intercambios culturales, programas de estudios, exención de tasas al comercio bilateral, exención de visados entre los dos Estados y las facilidades otorgadas en la ley de ciudadanía rumana para recuperarla en una serie de supuestos de los que los ciudadanos moldavo-rumanos podrían beneficiarse (Iordachi, 2004).

La paulatina sustitución e imposición del moldovanismo sobre el rumanismo comenzó después del conflicto bélico de Transnistria, y se consolidó después de las elecciones parlamentarias del 27 de febrero de 1994. El triunfo del Partido Agrario Democrático (PAD), con más del 43% de los votos, de carácter esencialmente multiétnico y cuyos líderes habían ocupado puestos directivos en los koljoses (granjas colectivas estatales) significó el derrumbe del FPM, con apenas el 7% de los votos.

El instrumentalismo que las élites políticas habían realizado de la cuestión identitaria se tradujo en un travesaje del comunismo al rumanismo y desde aquí al moldovanismo, con el único propósito de la consolidación de un Estado independiente de nueva creación asegurándose el liderazgo del mismo (Iavorschi, 2012: 35). Articulado como un nacionalismo cívico que permitiese la convivencia interétnica, que resolviere los secesionismos y apartase definitivamente el miedo a la reunificación con Rumanía —principal argumento de los líderes de Transnistria cuando realizaron su declaración independentista en 1990—, no titubeó en realizar una transición identitaria en cinco años desde el rumanismo al moldovanismo (Roper, 2005). La manipulación, creación o destrucción de identidades étnico-nacionales ha sido una constante entre los años 1989 y 1995 en Moldavia (Van Meurs, 2015: 194), con el sistema educativo como herramienta esencial (Ihrig, 2009: 380).

La evolución desde la doctrina de “Un pueblo y dos Estados” del moldovanismo, hasta “Nuestra casa: la República de Moldavia” apenas dura dos años —entre 1992 y 1994—. El referéndum celebrado el 6 de marzo de 1994 sancionó con un 97,9% a Moldavia como un Estado independiente, unitario, basado en la integridad territorial republicana y en un estatus de neutralidad. Finalmente, la aprobación de la Constitución moldava

el 29 de julio de 1994 terminó por eliminar la conexión lingüística moldavo-rumana; el moldavo pasaba a ser la lengua oficial del Estado —en alfabeto latino— recogido en el artículo 13.1.² A partir de este momento el programa del moldovanismo en el poder se orientó hacia la eliminación de cualquier identificación entre las identidades rumana y moldava (Van Meurs, 1998: 49), estableciendo la doctrina soviética sobre Besarabia como origen del movimiento moldovanista (Hegarty, 2001: 149). A pesar de establecer unas relaciones más estrechas con Rusia, la presión secesionista de Transnistria no cedió (Johansson, 2011: 117), mostrando claramente cómo los objetivos políticos de las élites secesionistas no obedecían a criterios étnicos, sino a los intereses geopolíticos del Kremlin, aunque hubiese triunfado el moldovanismo (López Jiménez, 1999: 51).

3. Intentos de resolución político-diplomática del conflicto

La Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), que se convirtió en organización internacional de carácter regional desde 1995 (OSCE), se constituyó desde 1992 como el principal mecanismo de resolución del conflicto de Transnistria. Las bases de la negociación entre las partes (Rusia y Moldavia) se sentaron en el Acuerdo de Estambul —21 de julio de 1992—, del que quedaron excluidas Ucrania y Rumanía, que participaron en el formato cuatripartito creado a principios de abril, recién iniciado el conflicto. La Misión de la CSCE creada en Moldavia inició su funcionamiento el 4 de febrero de 1993. En su informe número trece quedaban recogidos los principales puntos de la propuesta de resolución que, con pocas variaciones, van a mantenerse durante estas tres décadas: el mantenimiento de la integridad territorial de Moldavia, la retirada del XIV Ejército ruso de Transnistria, la protección de los derechos de las minorías eslavas en el enclave —garantizando un estatuto territorial diferenciado con competencias específicas integradas en el marco constitucional— y la desmilitarización de la región³.

La aprobación de la Constitución moldava en 1994 significó el fin de cualquier posibilidad de reunificación con Rumanía. El moldovanismo triunfó sobre el rumanismo, consolidando la estatalidad independiente de la nueva república y la construcción de una identidad nacional moldava diferenciada. Garantizado un Estado basado en el nacionalismo cívico que replicaba el modelo soviético, pero en un sistema democrático, el texto constitucional reservaba en sus artículos 110 y 111 la inserción del nuevo estatus territorial para Gagauzia y Transnistria. El artículo 11 recogía que Moldavia era un Estado neutral, otorgando una doble garantía a Transnistria y al Kremlin de dejar al margen cualquier impulso irredentista y occidentalista. En definitiva, anulaba los argumentos utilizados por los secesionistas para mantener el pulso independentista y los del Kremlin para mantener sus fuerzas armadas y su “protección” de la minoría rusa en el enclave —mantra repetido en los otros conflictos sostenidos en el antiguo espacio soviético y en la actual agresión contra Ucrania—.

La sucesión de acuerdos incumplidos entre Moldavia y Rusia para la retirada definitiva de sus fuerzas armadas del enclave (1994, 1999, 2001) ha mostrado con claridad la posición de Moscú en el conflicto: ha negociado bilateralmente con Moldavia como si Transnistria fuese parte de su integridad territorial (Pacher, 2020); su posición negociadora no hace concesiones y, más bien, intenta con éxito notable prolongar indefinidamente el conflicto sin alcanzar ningún acuerdo sustancial en torno a la integridad territorial de Moldavia y, en definitiva, ha conseguido que la OSCE no haya roto un bucle que, con numerosas rondas y formatos negociadores, esté en el mismo punto treinta años después de la finalización de la fase militar del mismo, como lo atestiguan los informes de uno de los jefes de la Misión OSCE en Moldavia (Neukirch, 2001).

Entre los numerosos acuerdos suscritos entre Moldavia y Rusia que, sin embargo, no han conseguido desbloquear el inmovilismo, cabe citar la Declaración Conjunta sobre la Integridad Territorial de Moldavia (1996) suscrita por Rusia, Moldavia y Ucrania, nuevamente incorporada como mediadora con Rusia y la propia OSCE; el Memorándum de Moscú sobre la normalización de relaciones Moldavia-Transnistria (1997); el Acuerdo de Odessa (1998); o la Declaración Conjunta de Kiev (1999). La única propuesta novedosa por parte de Rusia fue el Memorándum Kozak⁴ que, unilateralmente, rompía el marco negociador de la OSCE y planteaba para Moldavia un federalismo asimétrico en el que las autoridades de Tiráspol tendrían un poder de veto que podría bloquear el funcionamiento del Estado. El rechazo de la OSCE y de Moldavia interrumpió durante dos años las rondas negociadoras.

La introducción a petición de Moldavia del formato 5+2 (Moldavia y Transnistria, con Rusia, Ucrania y OSCE como mediadores y la incorporación de Estados Unidos y la UE como observadores) constituyó el último intento de desbloqueo de las negociaciones. Desarrollado desde 2004, aunque con diferentes interrupciones, como la provocada entre 2014 y 2016 como consecuencia de la intervención rusa en Crimea y el Donbás, ha terminado por perpetuar la situación del enclave como Estado *de facto* (con la aprobación de la Constitución de 1995 de la autoproclamada República del Dniéster, las sucesivas declaraciones de independencia del enclave y la celebración de un referéndum para su eventual unión con Rusia) y consolidar los intereses geopolíticos

² *Constitutia Republicii Moldavia*, disponible en <http://www.parlament.md/CadrulLegal/Constitution/tabid/151/language/ro-RO/Default.aspx>; consultado el 16 de marzo de 2023.

³ CSCE, Report nº 13 by the CSCE Mission to Moldova, 13 de noviembre de 1993; disponible en <https://www.osce.org/files/f/documents/4/b/42307.pdf>

⁴ Presentado el 17 de noviembre de 2003 por el representante de Putin; está disponible en <http://stefanwolff.com/files/Kozak-Memorandum.pdf>

de Moscú (Kosienkowski, 2019: 205). El balance sobre la intervención de la OSCE es muy negativo, tanto por su incapacidad para situar a Rusia como mediador —en lugar de parte del conflicto—, como por la habilidad diplomática para congelarlo y mantener un *statu quo* favorable a sus intereses (López Jiménez, 2021: 13).

4. El intervencionismo ruso y sus principales instrumentos. La interpretación “creativa” del derecho internacional

La instrumentalización de la OSCE y de los procedimientos de solución pacífica de controversias de tipo político-diplomático —porque las jurisdiccionales no se lo han permitido— no constituyen la única herramienta que Rusia ha puesto al servicio de sus intereses geopolíticos desplegados en el ámbito de su política exterior. El intervencionismo ruso en el espacio postsoviético ha desplegado todo un abanico de elementos que, de manera muy similar, se han ido repitiendo, perfeccionando e intensificando en los diversos conflictos en los que Moscú ha participado de forma más o menos directa. La más inmediata fue la configuración de todo un conjunto de organizaciones internacionales regionales que permitiesen mantener cierto nivel de control en las decisiones de los Estados de reciente independencia en un marco formal de cooperación respetando —teóricamente— el principio de igualdad soberana de los Estados. Desde 1992 la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y el Tratado de Seguridad Colectiva (TSC), convertido en Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) en 2002, trataron de recomponer un mecanismo de control político, institucional y militar ruso sobre las repúblicas menos reactivas a Moscú. En el plano económico se concretó en la Comunidad Económica Euroasiática (CEE), posterior Unión Económica Euroasiática (UEE), desde 2015.

Aunque Moldavia solo perteneció a la primera, el intervencionismo militar de Rusia estaba presente en Transnistria desde antes de su independencia. El argumento esgrimido para continuar —o establecer— fuerzas armadas en el territorio de otro Estado, en abierta violación de los principios de no injerencia en sus asuntos internos y de soberanía e independencia, no se ha ajustado a la realidad: la protección de la minoría rusa o rusófona potencialmente perseguida por las políticas centrales de las diversas repúblicas. En ocasiones ocurrió de manera preventiva (Moldavia) o reactiva (Georgia, Ucrania, Kazajistán —en el marco de la OTSC—) y sin mandatos legales de Naciones Unidas, aunque el Kremlin sostuviese que en Transnistria operaban como operaciones de mantenimiento de paz de la CEI —figura legal inexistente— (Kanet, 2012: 21).

Moldavia fue la primera república exsoviética sobre la que Rusia utilizó la presión energética como arma geopolítica. Los suministros de gas y petróleo fueron interrumpidos con frecuencia y la política de precios oscilaba en función del grado de colaboración de Chisinau con Moscú (Bruce, 2007: 30). Esta herramienta continúa combinándose en la actualidad —durante la intervención rusa en Ucrania— con otros instrumentos de *soft power* y *hard power*, mostrando el carácter híbrido del conflicto con Moldavia por Transnistria (Cebotari y Gutu, 2015: 130).

La hibridación y la congelación de los conflictos en el antiguo espacio soviético siguió el modelo inicial de Transnistria. Las acciones de desinformación, el uso de los medios de comunicación rusos, la enseñanza y la política lingüística discriminatoria a favor del ruso, la manipulación de la historia y de forma más reciente —desde el ataque generalizado a las estructuras del gobierno estonio en 2007— y los ciberataques, han formado parte de la estrategia rusa de guerra híbrida (Fabian, 2019). Cabe diferenciar dos fases o periodos diferenciados en la política intervencionista de Rusia en su vecindario próximo: hasta 2008, caracterizada por instrumentos propios del *soft power* (presión energética, congelación de los formatos diplomáticos y negociadores), y con posterioridad a la intervención en Georgia —Osetia del sur y Abjasia—, más próximo al *hard power* (uso de la fuerza armada, ciberguerra) (Marsili, 2021).

La “interpretación creativa” que Rusia ha venido realizando del derecho internacional ha sido también un instrumento básico al servicio de su política exterior y su despliegue en el antiguo espacio soviético, posición que se ha acentuado para justificar la agresión contra Ucrania. La actitud de una potencia refractaria al ordenamiento jurídico internacional y al multilateralismo —como Rusia— contrasta con el relato que trata de transmitir a la comunidad internacional, en un nuevo ejercicio de desinformación. Sus acciones exteriores son justificadas permanentemente como ajustadas a los principios y normas cuando, de manera simultánea, se comparan con ilícitos previos como el intervencionismo de la OTAN contra Serbia en el año 1999. Este marco neorrevisionista que Estados Unidos y Occidente han planteado con escenarios como la intervención en Irak, a favor de la independencia de Kosovo o en Libia ha supuesto la coartada instrumental para justificar ilícitos posteriores por parte de Moscú (Sakwa, 2021: 343).

Mencionemos algunos ejemplos de este amplio acomodo normativo *ad hoc*. El derecho de autodeterminación es el soporte jurídico internacional para los diversos secesionismos, incluido el de Transnistria. En abierta oposición al principio de soberanía e integridad territorial de los Estados, su aplicación en contextos muy diferentes a los recogidos por la Carta de Naciones Unidas y, en particular, la resolución 1514 (1960) de 14 de diciembre de la Asamblea General, ha sido la herramienta jurídica para amparar la anexión de Crimea en 2014 y el reconocimiento de la validez de los referéndums de autodeterminación —como el de 2006 en Transnistria—. En conexión con esta norma de *ius cogens* (derecho reforzado de obligado cumplimiento y rango

jerárquico superior), la protección de las minorías rusas residentes en otros Estados también se ha presentado por el Kremlin como un elemento justificativo de sus acciones militares (conflicto bélico en Transnistria en 1992). Una variante interpretativa es la más reciente doctrina internacionalista de la responsabilidad de proteger, amparándose en un eventual peligro de esta población a manos de las autoridades estatales. El ejemplo de Ucrania y la teoría del genocidio sobre la población rusa del Donbás y de Crimea ha constituido uno de los argumentos esgrimidos para la agresión armada, vulnerando el principio de no intervención y la prohibición general de la amenaza o uso de la fuerza. Un ejemplo más lo constituye el uso de contingentes armados rusos bajo la cobertura de supuestas operaciones de mantenimiento de paz, sin ningún mandato legal por parte de Naciones Unidas (Transnistria, Osetia del sur, Crimea, y Kazajistán en enero de 2022). La instrumentalización de los formatos de resolución política-diplomática de los conflictos en los que Moscú aparece en paralelo como observador, mediador y parte del mismo ha sido fundamental como elemento de congelación de los diversos procesos. La concesión ilimitada de pasaportes rusos a las minorías residentes en los enclaves secesionistas, o la figura del reconocimiento internacional de Gobiernos y de Estados contraviniendo los requisitos del ordenamiento jurídico internacional (doctrina Tobar) de entidades surgidas de forma violenta y vulnerando sus principios estructurales (Osetia del sur, Abjasia) son algunos procedimientos que se han complementado con los utilizados en Ucrania, como la realización de operaciones militares sin bandera (utilizando tropas sin distintivos de identificación). La aplicación de los tratados internacionales, como el de Unión entre Bielorrusia y Rusia de 1999 que ha convertido a la primera república en un Estado cooperador con la agresión a Ucrania, la revocación de la firma de la Corte Penal Internacional, la retirada del Consejo de Europa y de la jurisdicción del Tribunal de Derechos Humanos, o el abuso de su membresía permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para vetar cualquier resolución contraria a sus intereses completan un amplio abanico de instrumentos jurídicos al servicio del Kremlin que, además, se apoya en un derecho interno que desde la última reforma constitucional de 2020 sitúa al derecho internacional supeditado al ordenamiento interno ruso (Aksenova y Marchuk, 2018: 1345).

En definitiva, más allá de las flagrantes violaciones que se están cometiendo en Ucrania por parte del Kremlin (derecho internacional, derechos humanos, derecho de los conflictos armados, comisión de crímenes de guerra y de lesa humanidad), la política exterior rusa se ha movido durante estas tres décadas desde la disolución de la URSS en las denominadas zonas grises (Baqués Quesada, 2021; Jordán, 2018), tanto territoriales como jurídicas, que caracterizan a los conflictos híbridos desplegados por una potencia revisionista como Rusia en todo un espacio geopolítico que considera dentro de su esfera de interés prioritario en todos sus documentos estratégicos (Concepto de Política Exterior de Rusia, 2016).

5. La agresión rusa a Ucrania y sus implicaciones para Transnistria y Moldavia: ¿*Novoróssiya* en marcha?

Desde una perspectiva histórica Rusia ha tenido la percepción del rechazo occidental al reconocimiento de su carácter como genuinamente europeo (Sergunin, 2016: 15). Sin embargo, con Putin se ha acentuado desde el Kremlin esa diferenciación unilateral reclamando una especificidad de principios y valores que demandan que sean respetados, aunque cuestionen abiertamente el marco de los derechos humanos fundamentales. La política exterior rusa se ha ido impregnando paulatinamente de un discurso civilizatorio que reivindica la recuperación de su “espacio natural” a través del denominado síndrome del nacionalismo imperial (Pain, 2016: 47).

En la agresión contra Ucrania están presentes alguno de esos rasgos: un nacionalismo de base étnico-cultural que reclama el retorno al núcleo duro eslavo (ruso, ucraniano y bielorruso); un proceso recolonizador (ruso, soviético) que recupere las fronteras de la civilización rusa; un discurso teórico que encarna en el liberalismo de Occidente todos los peligros, sustentado en una mezcla ideológica: el eurasiatismo de Alexander Dugin (neotradicionalista, ultraconservador, imperialista), el totalitarismo de Iván Ilyín, el misticismo cristiano-ortodoxo, o las ideas del historiador Lev Gumilev, así como el fantasma neonazi y su presencia en Ucrania (Clover, 2016). Durante 2014, tras los acontecimientos de Maidán y la anexión ilegal de Crimea, la intervención en la región del Donbás resucitó el proyecto de *Novoróssiya* (Nueva Rusia) entre los grupos insurgentes prorrusos y los círculos ultranacionalistas rusos. Recrear el expansionismo ruso de Catalina II, que conectó esta región con Crimea y Odesa con la frontera más occidental del imperio, a finales del siglo XVIII, sobrevoló hasta la aprobación de los Acuerdos de Minsk I y II. Sin embargo, con las operaciones militares en curso, este proyecto geopolítico y geoestratégico parece factible, extendiendo el amplio corredor hasta el enclave secesionista de Transnistria. El control de los mares Azov y Negro estrangularía la salida de Ucrania y asfixia económica y comercialmente a Kiev. Además, proporcionaría al Kremlin el control fronterizo casi total de Ucrania —en el norte a través de un Estado marioneta, como Bielorrusia—.

La teórica exclusión de la población rusa de los centros de decisión de los nuevos Estados independientes ha creado un mito como el de *Novoróssiya*, construido sobre una base que mezcla elementos muy conectados entre sí: imperialismo, conservadurismo y autoritarismo, reparación de injusticias históricas, sentimiento de humillación y revanchismo neosoviético (Minakov, 2018: 283). La inclusión de Transnistria en esta ofensiva militar es factible (Budurina, 2022: 154), ya que reforzaría la nueva frontera occidental de Rusia, ampliando

notablemente su búfer securitario. Completaría un corredor muy amplio que uniría diversas entidades secesionistas (Osetia del sur, Abjasia, Donbás, Crimea y la propia Transnistria) y accedería a las pretensiones de Tiráspol de reconocimiento internacional de su independencia y de su eventual unión con Rusia. No obstante, exigiría como paso previo el control militar ruso de Odesa, lo que no es sencillo. No parece que el Gobierno prooccidental de Maia Sandu —presidenta de Moldavia— facilite ninguna acción que provoque a Moscú en Transnistria. Tampoco la reciente enmienda constitucional del 16 de marzo de 2023, que sustituye la denominación lingüística del moldavo por rumano, tiene como intención revertir la independencia del Estado o una eventual reunificación de la república moldava con Rumanía. Tan solo traslada la aplicación de una sentencia del Tribunal Constitucional de Moldavia, de 5 de diciembre de 2013, en la que se recogía que ningún acto jurídico, incluida la propia Constitución de 1994 en su artículo 13, podía contradecir el texto de la Declaración de Independencia del 27 de agosto de 1991, que reconocía al rumano como idioma del nuevo Estado. El Partido que lidera (Acción y Solidaridad) no tiene en su programa político ninguna propuesta al respecto, y su ideología es liberal y europeísta, muy apartada del nacionalismo radical (Programa del PAS, 2019). Aunque su candidatura a la membresía en la Unión Europea (UE) no se extienda a la OTAN —salvo cambio en su neutralidad constitucionalmente recogida— sigue dependiendo energéticamente de Rusia. A pesar de ser un escenario improbable y complejo, el eventual descongelamiento del conflicto de Transnistria desde 1992 podría estar cercano, y no parece que sea mediante un acuerdo político-diplomático entre las partes que significase su reintegración en la integridad territorial de Moldavia (Potter, 2022: 186).

En estos momentos asistimos con fuerza a lo que algún autor ha denominado como “la reverberación de las narrativas de la era soviética” (Lutterjohann, 2022: 3). En virtud de este fenómeno las partes en conflicto en Transnistria niegan mutuamente la existencia identitaria del otro, lo que conduce a un enquistamiento crónico de las posiciones y a un bloqueo de cualquier solución negociada. Desde 2014, con la experiencia de la intervención rusa en Ucrania, las autoridades secesionistas han intentado articular otros ámbitos de cooperación (UE principalmente) que redujesen su relación clientelar con el Estado patrón que garantiza su supervivencia como Estado *de facto*, al margen de Moldavia. Sin embargo, el grado de asimetría entre ambos ámbitos de relaciones, conectado por la extrema dependencia de Moscú, hace inviable cualquier intento de relaciones multivectoriales por parte de Transnistria. La combinación de los múltiples apoyos rusos (suministro de gas y petróleo prácticamente gratis, pago de pensiones a la población rusa del enclave, ayudas financieras directas para sostener a la moneda local, proyectos comerciales, en la construcción-hospitales, escuelas, viviendas sociales) con políticas como la pasaportización —cerca de 200.000 habitantes de Transnistria poseen pasaporte ruso— pueden ser fundamentales en el curso actual de la agresión a Ucrania. Así, el deseo expresado en el referéndum de 2006 de unirse a la Federación Rusa podría activarse, continuando el proceso de integración euroasiática enunciado por el presidente de Transnistria —Yevgueni Shevchuk— en 2011, y siguiendo el modelo de Crimea en 2014 (Istomin, 2015). De esta manera el Kremlin podría concretar sus aspiraciones geoestratégicas que mantiene sobre la franja territorial desde la independencia de Moldavia, conectando el enclave con el resto de secesionismos en el espacio postsoviético y las conquistas derivadas de su invasión militar a Ucrania, mostrando la vertiente imperialista de la política exterior de Putin (Telenko y Prysiazhniuk, 2021: 229).

6. Conclusiones

Moldavia, como privilegiado espectador de la agresión rusa a Ucrania, está experimentando una inseguridad máxima con respecto a una potencial extensión del conflicto hasta su territorio. Durante los primeros meses de 2022 parecía que Rusia intentaba recrear el proyecto de *Novoróssiya*, incluyendo a Transnistria entre sus objetivos. En un intento de maximizar su poder y su búfer securitario, el Kremlin ha aplicado a la política exterior sobre Ucrania un modelo paradigmático propio del neorrealismo ofensivo. Por el contrario, Moldavia ha optado por un modelo netamente defensivo en el que el mantenimiento del actual *statu quo* en Transnistria se aprecia como un mal menor. Mientras tanto está buscando fortalecer los lazos con la UE, más allá del Acuerdo de Asociación en vigor. En estas circunstancias, las posibilidades de descongelar el conflicto a través de una resolución político-diplomática que acabase con el Estado *de facto* y del secesionismo apoyado por Moscú resulta un escenario poco factible.

Desde el paradigma constructivista, la consolidación de la identidad étnico-nacional moldava, que respondía a un constructo soviético para justificar la incorporación de la Besarabia rumana como una república federada en la Unión Soviética, constituyó un instrumento en manos de las élites políticas republicanas para consolidar la estatalidad independiente y su posición jerárquica. El rumanismo fue un elemento rupturista con la URSS; el moldovanismo fue la respuesta del etnonacionalismo cívico para responder a los secesionismos de Gagauzia y Transnistria. Constituyó una alternativa a los argumentos que, frente al irredentismo prorrumano, presentaban los líderes separatistas de Transnistria. La consolidación del nuevo Estado independiente moldavo anulaba cualquier potencial intento de reunificación con Rumanía y, como consecuencia, intentaba ofrecer un modelo republicano inclusivo en el que las minorías étniconacionales pudiesen encontrar un encaje administrativo territorial en la Constitución de 1994, respetando la soberanía e integridad territorial de Moldavia.

La construcción identitaria del moldovanismo recogía así el testigo soviético, tras un breve interregno de recuperación de la memoria histórica rumana y de su abrupta ruptura desde 1940 protagonizado por el FPM y su etnonacionalismo de corte irredentista. Este movimiento protagonizado por las élites políticas republicanas en la fase inicial de construcción estatal independiente respondía a un doble objetivo. En primer término, la consolidación de la posición hegemónica de su liderazgo político en las nuevas instituciones estatales. Ante una potencial reunificación con Rumanía, la asunción de los resortes del poder hubiera recaído en las élites del Estado matriz, diluyéndose la antigua *nomenklatura* republicana en las estructuras unificadas. Sin embargo, la consolidación de un Estado independiente sobre la base de una identidad cívica moldava podría reconducir el secesionismo de Transnistria, aunque para ello se realizó un complejo proceso de transición identitaria de la nación mediante la defensa progresiva de identidades alternativas en poco más de cinco años (soviética, rumana y moldava).

El proceso de destrucción del rumanismo y de construcción del moldovanismo intentó también restablecer la convivencia interétnica que, más desde un punto de vista político-ideológico y circunscrito a Transnistria, no había sido muy conflictiva. En un corto periodo de tiempo se pasó de la política lingüística de diferenciación entre el moldavo y el rumano en el sistema educativo, el retorno a la manipulación de la historia a través de los libros de texto y las diversas políticas articuladas por la nueva *nomenklatura* en torno a la mayoría parlamentaria del PAD y del presidente Snegur, que ejemplifica a la perfección la evolución político-ideológico del PCM y la defensa del sistema soviético, al nacionalismo rumanista, rupturista e irredentista y —finalmente— a la defensa del moldovanismo. El referéndum celebrado en 1994 consolidó el triunfo de la tesis moldovanista y de la independencia definitiva de Moldavia como Estado diferenciado de Rumanía. Sin embargo, no consiguió la resolución del conflicto de Transnistria que consolidó sus dos rasgos esenciales. En primer lugar, su carácter esencialmente político-ideológico en detrimento de su potencial enfrentamiento identitario. En segundo término, su conexión directa con los intereses en el ámbito de la política exterior rusa, que comparte con el resto de conflictos que se están desarrollando en el espacio postsoviético desde hace tres décadas.

Resulta en cierto modo una paradoja histórica que la disolución de la federación soviética, producto de la implosión y desmembramiento de las quince repúblicas, haya finalizado en el caso de Moldavia con el triunfo de una creación identitaria como la moldava, inexistente con anterioridad a la URSS y fruto del constructivismo étnico-nacional del sistema político. Para el estalinismo —igual que ahora para el putinismo con la identidad ucraniana—, la única manera de justificar la anexión de Besarabia en 1939 fue mediante la creación de distinciones lingüísticas, históricas o territoriales con el objetivo de construir identidades étnico-nacionales que avalasen la creación de naciones y su encaje en la estructura política y administrativo-territorial de la URSS. Este proceso propició la deconstrucción de identidades y la construcción o recuperación de otras en el contexto de transición hacia la estatalidad independiente de la República de Moldavia y su compleja construcción nacional y estatal. Así, la pugna entre los partidarios del soviétismo, los nacionalistas prorumanos, los defensores de las identidades minoritarias (gagauzes, rusos, ucranianos) y hasta aquellos que, por cuestiones puramente ideológicas, defendieron una eventual identidad transnistriana, acabaron por apuntalar al moldovanismo cívico como nacionalismo de Estado.

En el actual escenario de expansión militar de Rusia en Ucrania, se muestra con claridad el despliegue de un paradigma neorrealista de carácter ofensivo en su política exterior hacia el “extranjero próximo” que pretende ser incorporado directamente a su soberanía territorial (como en el caso de Crimea) o tutelado con la creación de territorios neocoloniales o Estados *de facto* títeres al servicio del Kremlin. Además, la fusión por absorción de Bielorrusia utilizando las estructuras del Tratado de Unión entre ambas repúblicas de 1999 y el vasallaje de Lukashenko hacia Putin, sin cuyo apoyo habría caído después de las protestas masivas tras las elecciones de agosto de 2020, le permite a Rusia recuperar el control del núcleo eslavo que pretende completar con Ucrania. No hay que olvidar la venganza histórica que supondría devolver a Kiev —aunque fuese parcialmente— a la supervisión de Moscú después del papel esencial que jugó el nacionalismo ucraniano en la disolución de la URSS mediante el Tratado de Belavezha, el 8 de diciembre de 1991 (los mismos bosques bielorrusos que presidieron los primeros y fracasados intentos de alcanzar un acuerdo que paralizase la agresión rusa en Ucrania).

El Kremlin ha intentado, sin embargo, trasladar a la comunidad internacional una visión defensiva (que intentaba encajar igualmente en el paradigma neorrealista) de su intervención militar. El expansionismo de la OTAN en su esfera de interés y de seguridad ontológica han sido los principales argumentos. No obstante, de forma simultánea, ha incluido razones político-ideológicas (la desnazificación del régimen) e identitarias (el paneslavismo ruso que incluye la identidad ucraniana como una mera variante cultural y lingüística) para terminar con lo que Putin considera un error histórico (la desaparición de la URSS y, entre sus consecuencias, la creación de un Estado ucraniano independiente cuya existencia no obedece a ninguna lógica).

¿Qué escenario se dibuja en torno a Transnistria? La evolución del secesionismo se torna compleja. La transición desde un conflicto enquistado, congelado, sin una solución definitiva en cuanto a la definición de su estatus territorial solo puede darse hacia alguna de estas opciones, que no ha conseguido eludir la posición defensiva (que encaja igualmente en el neorrealismo en política exterior) de Moldavia: el encaje constitucional —como Gagauzia— en la soberanía de Moldavia con una amplia autonomía. Resulta la salida más compleja porque no se ha consolidado durante tres décadas, con una política exterior rusa menos agresiva. El manteni-

miento de tropas rusas en el enclave lo impide y, además, anularía las sinergias que podría conseguir la candidatura de adhesión de Moldavia a la UE entre Chisinau y Tiráspol. El mantenimiento del *statu quo* actual sería otra de las posibilidades, aunque conseguir que tanto Moldavia como Transnistria no se vean afectadas por las consecuencias de la agresión armada de Rusia a Ucrania es muy complejo. Un tercer escenario podría suponer que Moscú reforzase el control de Transnistria mediante diferentes mecanismos: propiciando una declaración de independencia y otorgando su reconocimiento internacional al enclave (como en Osetia del sur y Abjasia); reforzando el contingente militar ruso en el territorio secesionista, o bien prolongando las acciones militares hasta Odesa y conectando todo un corredor territorial desde el Donbás y el sur de Ucrania hasta Transnistria (*Novoróssiya*). En este periodo tan convulso y plagado de incertidumbre lo que sí parece evidente es que la renuncia identitaria del rumanismo y la consolidación de la creación de una identidad cívica moldava (reforzando el constructivismo identitario soviético) no ha sido suficiente para resolver el conflicto de Transnistria, ni para garantizar la soberanía e integridad territorial del nuevo Estado independiente moldavo.

7. Bibliografía

- Aksenova, M. e I. Marchuk (2018): “Reinventing or rediscovering international law? The Russian Constitutional Court’s uneasy dialogue with the European Court of Human Rights”, *International Journal of Constitutional Law*, 16(4), pp. 1322—1346. <https://doi.org/10.1093/icon/moy088>.
- Baar, V. y D. Jakubek (2017): “Divided national identity in Moldova”, *Journal of Nationalism Memory&Language Politics*, 11(1), pp. 58-92.
- Bacova, V. (1998): “The construction of national identity-on primordialism and instrumentalism”, *Human Affairs*, 8(1), pp. 29-43.
- Baqués Quesada, J. (2021): *De las Guerras Híbridas a la Zona Gris. La Metamorfosis de los Conflictos en el Siglo XXI*, Madrid, Uned.
- Beissinger, M. (2009): “Nationalism and the collapse of Soviet communism”, *Contemporary European History*, 18(3), pp. 331-347.
- Blakkisrud, H. y P. Kolstø (2011): “From secessionist conflict toward a functioning state: processes of state-and nation-building in Transnistria”, *Post-Soviet Affairs*, 27(2), pp.178-210.
- Bremmer, I. (1993): “Reasserting soviet nationalities theory”, en I. Bremmer y R. Taras, eds., *Nations, Politics in the Soviet Successor States*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 3-28.
- Bruchis, M. (1984): “The language policy of the CPSU and the linguistic situation in Soviet Moldavia”, *Soviet Studies*, 36(1), pp.108-126.
- Budurina, C. (2022): “The Foreign Policy of the Republic of Moldova in the Context of New Geopolitical Realities”, en VV. AA., *Teoria și practica administrării publice*, Ediția 26, Chișinău, pp. 150-155.
- Büscher, K. (1998): “Moldavia after the Parliamentary elections: A second chance for reform”, *Journal for Labour and Social Affairs in Eastern Europe*, 1(3), pp. 69-79.
- Cebotari, S. y I. Gutu (2015): “Elements of the hybrid war in the Republic of Moldova and Ukraine”, en V. Teosa y C. Morari, eds., *Moldovan peace dialogues: Societal integration accommodation policies and strategies, from an academic perspective*, Chisinau, CEP USM, pp. 126-133.
- Chinn, J. y S. Roper (1995): “Ethnic Mobilization and Reactive Nationalism: The Case of Moldova”, *Nationalities Papers*, 23(2), pp. 291-325.
- Chinn, J. y S. Roper (1998): “Territorial Autonomy in Gagauzia”, *Nationalities Papers*, 26(1), pp. 87-101.
- Clover, Ch. (2016): *Black Wind, White Snow: The Rise of Russia’s New Nationalism*, New Haven, Yale University Press.
- Concepto de Política Exterior de Rusia (2016): Aprobado por Decreto del Presidente de la Federación de Rusia el 30 de noviembre. Disponible en: <https://interkomitet.com/foreign-policy/basic-documents/foreign-policy-concept-of-the-russian-federation-approved-by-president-of-the-russian-federation-vladimir-putin-on-november-30-2016/> [Consulta: 10 de octubre de 2023]. Actualizado por el Decreto del Presidente de la Federación de Rusia el 31 de marzo de 2023. Disponible en: https://mid.ru/es/foreign_policy/official_documents/1860586/ [Consulta: 10 de octubre de 2023].
- Crowther, W. (1997): “The Politics of Democratization in Post-communist Moldavia”, en K. Dawisha y B. Parrott, eds., *Democratic changes and authoritarian reactions in Russia, Ukraine, Belarus, and Moldavia*, Londres, Cambridge University Press, pp. 289-329.
- Crowther, W. (1998): “Ethnic Politics and the Post-Communist Transition in Moldova”, *Nationalities Papers*, 26(1), pp. 147-164.
- Deletant, D. (1990): “Language policy and linguistic trends in Soviet Moldavia”, en M. Kirkwood, ed., *Language planning in the Soviet Union*, Londres, Palgrave Macmillan, pp.189-216.
- Dima, N. (1991): *From Moldavia to Moldavia*, Nueva York, Columbia University Press.
- Dusacova, N. (2013): “Ethnic and civic identity in the Republic of Moldavia: The view of occidental experts”, *Revista de Etnologie și Culturologie*, 13-14, pp.102-107.
- Dyer, D. y B. Comrie (1996): *Studies in Moldavian: History, Culture, Language and Contemporary Politics of the People of Moldavia*, Nueva York, Columbia University Press.
- Fabian, S. (2019): “The Russian hybrid warfare strategy—Neither Russian nor strategy”, *Defense and Security Analysis*, 35(3), pp. 308—323. <https://doi.org/10.1080/14751798.2019.1640424>
- Fowkes, B. (1997): *The Disintegration of the Soviet Union. A Study in the rise and triumph of nationalism*, Londres, Macmillan Press.
- Gorenburg D. (2001): “Nationalism for Masses: Popular Support for Nationalism in Russia’s Ethnic Republics”, *Europe-Asia Studies*, 53(1), pp. 73-104.

- Hale, H. (2004): "Divided we stand: Institutional sources of ethnofederal state survival and collapse", *World politics*, 56(2), pp. 165-193.
- Haynes, R. ed., (2003): *Moldavia, Besarabia, Transnistria*, Londres, School of Slavonic and East European Studies, University College London.
- Hegarty, T. (2001): "The Politics of Language in Moldavia", en C. O'Reilly, ed., *Language, Ethnicity and the State*, (2), *Minority Languages in Eastern Europe post-1989*, Nueva York, Palgrave Macmillan, pp. 123-154.
- Hugues, J. (2001): "Chechnya: the causes of a protracted post-soviet conflict", *Civil Wars*, 4(4), pp. 11-48.
- Iavorschi, A. (2012): "The Problem of National Identity in the Republic of Moldova: Moldovanism and Romanianism", *Oikonomia: Journal of Ethics and Social Sciences*, 3, pp. 33-37.
- Ihrig, S. (2009): "Moldavian Nightmares, or: "Historiographic Deadlock at Birth" History, identity, and history teaching in the Republic of Moldavia, 1991 — 2008", en A. Dimou, ed., "*Transition" and the Politics of History Education in Southeast Europe*, Göttingen, V&R Unipress, pp. 357-396.
- Iordachi, C. (2004): "Dual Citizenship and Policies toward kin Minorities in East Central Europe: A Comparison between Hungary, Romania and the Republic of Moldavia", en Z. Kantor, B. Majtényi, O. Ieda, B. Vizi e I. Halász, eds., *The Hungarian Status Law: Nation Building and/or Minority Protection*, Sapporo, Hokaido University, pp. 239-269.
- Istomin, I. (2015): "Ukraine is intensifying the Transnistria conflict", *Russian International Affairs Council*, 3 de agosto. Disponible en: <https://russiancouncil.ru/en/analytcs-and-comments/analytcs/ukraine-is-intensifying-the-transnistria-conflict/> [Consulta: 26 de septiembre de 2023].
- Johansson, A. (2011): *Dissenting Democrats. Nation and Democracy in the Republic of Moldova*, Estocolmo, Stockholm University.
- Jordán, J. (2018): "El conflicto internacional en la zona gris: una propuesta teórica desde la perspectiva del realismo ofensivo", *Revista Española de Ciencia Política*, 48, pp. 129-151.
- Kanet, R. (2012): "The return of imperial Russia", en M. Sussex, ed., *Conflict in the former USSR*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 15-34.
- King, Ch. (1994): "Moldavian identity and the politics of Pan-Romanianism", *Slavic Review*, 53(2), pp. 345-368.
- King, Ch. (1995): "Eurasia Letter: Moldova with a Russian Face", *Foreign Policy*, 97, pp. 106-121.
- Kolossov, V. y J. O'Loughlin (1998): "Pseudo-states as Harbingers of a new geopolitics: the example of the trans-Dniester Moldovan republic (TMR)", *Geopolitics*, 3(1), pp. 151-176.
- Kolstø, P., A. Edemsky, A. y N. Kalashnikova (1993): "The Dniester conflict: Between irredentism and separatism", *Europe-Asia Studies*, 45(6), pp. 973-1000.
- Kolstø, P. (2011): "Beyond Russia, becoming local: Trajectories of adaption to the fall of the Soviet Union among ethnic Russians in the former Soviet Republics", *Journal of Eurasian Studies*, 2(2), pp. 153-163.
- Kolsto, P. (2018): "The Ethnification of Russian Nationalism", en P. Kolsto y H. Blakkisrud, eds., *The New Russian Nationalism: Imperialism, Ethnicity and Authoritarianism, 2000-15*, Edimburgo, Edinburgh University Press, pp. 18-45.
- Kolstø, P. y A. Malgin (1998): "The Transnistrian republic: a case of politicized regionalism", *Nationalities Papers*, 26(1), pp. 103—128.
- Kosienkowski, M. (2019): "The patron-client relationship between Russia and Transnistria", en T. Hoch y V. Kopečk, eds., *De facto states in Eurasia*, Nueva York, Routledge, pp. 183-207.
- Kotkin, S. (2001): *Armageddon averted: The Soviet collapse, 1970-2000*, Oxford, Oxford University Press.
- Kuzio, T. (2002): "History, Memory and Nation Building in the Post-Soviet Colonial Space", *Nationalities Papers*, 30(2), pp. 241-264.
- Laitin, D. (1998): *Identity in Formation: The Russian-Speaking Populations in the Near Abroad*, Londres, Cornell University Press.
- Laruelle, M. (2004): "The Two faces of Contemporary Eurasianism. An Imperial Version of the Russian Nationalism", *Nationalities Papers* 32(1), pp. 115-136.
- López Jiménez, J. A. (1999): "Las relaciones interétnicas en la Moldavia postsoviética: Gagauzia y Transnistria (1990-1994)", *Cuadernos de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, 28-29, pp. 23-50.
- López Jiménez, J. A. (2019): "The dissolution of the Soviet Union and complex state construction processes. Two differentiated secession models in the Republic of Moldavia: Gagauzia and Transnistria", *Spanish Yearbook of International Law*, 22, pp. 403-414.
- López Jiménez, J. A. (2020): "El factor nacional en la implosión de la Unión Soviética: El caso moldavo (1989-1994)", en A. Mayayo, J. M. Rúa y A. Segura, eds., *Centenari de la revolució russa*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona, pp. 365-376.
- López Jiménez, J. A. (2021): "La OSCE y el Espacio Post-Soviético: Treinta años de Prevención y Resolución de Conflictos. Una Valoración Crítica", *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 41, pp. 1-35.
- Lutterjohann, N. (2023): "The depth of the deadlock? Underlying themes in the Georgian-Abkhaz and Moldovan-Transnistrian Post-Soviet conflicts", *National Identities* 25(1), pp. 53-74. <https://doi.org/10.1080/14608944.2022.2050197>
- Lynch, D. (2002): "Separatist states and post-Soviet conflicts", *International Affairs*, 78(4), pp. 831-848.
- Marsili, M. (2021): "The Russian Influence Strategy in Its Contested Neighbourhood", en H. Mölder, V. Sazonov, A. Chochia, T. Kerikmäe, eds., *The Russian Federation in Global Knowledge Warfare. Contributions to International Relations*, Nueva York, Springer, pp. 149—172. https://doi.org/10.1007/978-3-030-73955-3_8
- Minakov, M. (2018): *Development and Dystopia. Studies in Post-Soviet Ukraine and Eastern Europe*, Stuttgart, Ibidem-Verlag.
- Neukirch, C. (2001): "Russia and the OSCE: The Influence of Interested Third and Disinterested Fourth Parties on the Conflicts in Estonia and Moldova", *Journal on Ethnopolitics and Minority Issues in Europe*, 2. Disponible en: https://www.ecmi.de/fileadmin/redakteure/publications/JEMIE_Datens%C3%A4tze/JEMIE07Neukirch1_1-07-01.pdf [Consulta: 26 de septiembre de 2023].
- O'Loughlin, J., V. Kolossov, y G. Toal (2014): "Inside the post-Soviet de facto states: a comparison of attitudes in Abkhazia, Nagorny Karabakh, South Ossetia, and Transnistria", *Eurasian Geography and Economics*, 55(5), pp. 423-456.

- Pacher, A. (2020): "Transnistria's Order of Friendship: Legitimacy through Diplomatic Practice", *Europe-Asia Studies*, 72(7), pp. 1209-1231.
- Pain, E. (2016): "The imperial syndrome and its influence on Russian nationalism", en P. Kolsto y H. Blakkisrud, eds., *The new Russian nationalism*, Edimburgo, Edinburg University Press, pp. 46-74.
- Patlis, L. (2018): "The Discourse on Asymmetrical Devolution in Moldova: Gagauzia and Transnistria in Focus", *Journal on Ethnopolitics and Minority Issues in Europe*, 17(3), pp. 87-111.
- Potter, B. (2022): "Unrecognized Republic, Recognizable Consequences: Russian Troops in 'Frozen' Transnistria", *Journal of Advanced Military Studies*, 13(1), pp. 168-188.
- Programa del Partido de Acción y Solidaridad (2019): Disponible en: https://unpaspentru.md/wp-content/uploads/2016/08/PROGRAM_PAS_EN.pdf [Consulta: 26 de septiembre de 2023].
- Protsyk, O. (2012): "Gagauz Autonomy in Moldavia: The Real and the Virtual in Post-Soviet State design", en M. Weller y K. Nobbs, eds., *Asymmetric Autonomy and the Settlement of Ethnic Conflicts*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, pp. 231-251.
- Roeder, Ph. (1991): "Soviet Federalism and Ethnic Mobilization", *World Politics*, 43(2), pp. 196-232.
- Roper, S. (2001): "Regionalism in Moldova: The Case of Transnistria and Gagauzia", *Regional & Federal Studies*, 11(3), pp. 101-122.
- Roper, S. (2005): "The Politicization of Education: Identity formation in Moldavia and Transnistria", *Communist and Post-Communist Studies*, 38(4), pp. 501-514.
- Roshwald, A. (2015): "Civic and ethnic nationalism", en *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Race, Ethnicity, and Nationalism*, pp.1-4. <https://doi.org/10.1002/9781118663202.wberen436>
- Salomón González, M. (2001): "La Teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencias, aproximaciones", *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, 56, pp. 7-52.
- Sakwa, R. (2021): "Greater Russia: Is Moscow out to Subvert the West?", *International Politics*, 58, pp. 334-362.
- Sato, K. (2009): "Mobilization of non-titular ethnicities during the last years of the Soviet Union: Gagauzia, Transnistria, and the Lithuanian poles", *Acta Slavica Iaponica*, (26), pp. 141-157.
- Sergunin, A. (2016): *Explaining Russian Foreign Policy Behavior. Theory and Practice*, Stuttgart, Ibidem-Verlag.
- Smith, B. (2013): "Separatist conflict in the former Soviet Union and beyond: How different was communism?", *World Politics*, 65(2), pp. 350-381.
- Solchanyk, R. (2019): "Ukraine, Belorussia, and Moldavia: Imperial integration, Russification, and the struggle for national survival", en L. Hajda y M. Beissinger, eds., *The nationalities factor in Soviet politics and society*, Nueva York, Routledge, pp. 175-203.
- Telenko, O. y Y. Prysiazhniuk (2021): "Cursory Viewpoint on Transnistria as the Focus of the Russian Federation Policy", *Przegląd Strategiczny*, 14, pp. 215-234.
- Tishkov, V. (1997): *Ethnicity, nationalism and conflict in and after the Soviet Union: The mind aflame*, Nueva York, Sage Publications.
- Traverso, E. y M. Löwy (1990): "The marxist approach to the national question: A critique of Nimni's interpretation", *Science & Society*, 54(2), pp. 132-146.
- Troebst, S. (2003): "We Are Transnistrians!", *Post-Soviet Identity Management in the Dniester Valley*, *Ab Imperio*, 2003 (1), pp. 437-466.
- Van Meurs, W. P. (1994): *The Bessarabian question in communist historiography. Nationalist and communist politics and history writing*, Nueva York, Columbia University Press.
- Van Meurs, W. P. (1998): "Carving a Moldavian Identity out of History", *Nationalities Papers*, 26(1), pp. 39-56.
- Van Meurs, W. P. (2015): "Moldavia: Nested Cases of Belated Nation-building", *Revue D'Études Comparatives Est-Ouest*, 46, pp. 185-209.
- Wodak, R., R. De Cilia, M. Reisigl y K. Liebhart, eds., (2009): *The discursive construction of national identity*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
- Yusupova, G. (2018): "Cultural nationalism and everyday resistance in an iliberal nationalising state: ethnic minority nationalism in Russia", *Nations and Nationalism*, 24(3), pp. 624-647.
- Zimmermann, K. (2008): "Política lingüística e identidad: Una visión constructivista", en K. Süselbeck, U. Mühlischlegel y P. Masson, coords., *Lengua, Nación e Identidad*, Madrid, Iberoamericana Editorial Vervuert, pp. 21-42.

